



Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Pregón de la Semana Santa de Almería



2004

- Nazario Yuste Rosell -



Son, ya, más de treinta y cinco años. El atardecer, acurrucado, se arrinconó a eso de las ocho. Aún rutilaba tu calidez veraniega, temperada por la brisa a que se redujo la ventolera de aquel día azul; una brisa suave y sobona, como dedos amigos. ¿Cómo no reconocer que me resultaste original?. Era nuestro primer encuentro. Luego aprendí que así es tu carácter: mañanas radiantes, noches templadas, y flor temprana en tu suelo seco y agrietado. Apenas recuerdo si fue el sol o fue el viento... pero, para entonces, ya me había enamorado de ti.

Aquella tarde, sorprendí al Sagrado Corazón oteando el mar de Cabo de Gata, sobre cuyas olas llegó su madre a Almería; sobrevolaban cormoranes y gavias; ¿hay cosa mejor que el agua?, ¡tan pura, tan virgen, tan divina!. Luego el Sagrado Corazón se irguió en puntillas sobre el cerro, para ver, por encima de la Alcazaba, cómo a su madre, tu patrona la Virgen del Mar, la paseabais feliz. Era su santo, y tú vestías de fiesta; las campanas del Santuario, dicharacheras, despertaban a las palomas del Cervantes, que con original caligrafía, se unían al chismorreo; mientras, los cohetes, por cientos, jadeaban rezongones hacia su último clamor.

Años después, ya con dos hijos varones, míos y tuyos, Almería hecha carne y censo de amor, nació la niña. Dobra que dobla la rueda de los días, otra tarde de fiesta y de nuevo la Patrona, salerosa y morena, salía de visita. Campanas y petardos volvían a pegar la hebra, y en ese punto, para saludarte, la recién nacida articuló sus primeros alientos; y se llamó María del Mar, como tu Virgen. ¿Cómo no prendarse de ti, Almería seductora?. Hoy, que me das pública palabra, mis versos lo informan conmovidos.

En el malecón de los recuerdos, escrito está:
Llegué a ti por imposición.
Eres cal, eres sed, viento y luz;
y más luz y más viento.
Pero tan hondo te siento,
que fuera de ti, no registro el corazón.
Te di mi esfuerzo y mi trabajo,
te di mis bienes, te di mi tiempo
y te di mi respiración.
A cambio, tú me entrañaste,
y, entre afanes, fecundaste
sonrisa y amistad.
En tu mismo centro, me dispusiste asiento,
y vida y devoción,
entre la buena gente de la ciudad.
Y hoy, Almería de primavera,
porque creo que me la he ganado
recojo orgulloso la generosidad,
que con el escudo de oro me ofreces.
de cantarte loas y preces,



pregonando tu Santa Semana
y el misterio de tu Pasión indaliana.

La Virgen de las Angustias, egregia dolorosa y Patrona de mi tronco originario, que me inició en Cristo y en las emociones de su Pasión; y la gloriosa advocación de Santa María del Mar, orienten mi palabra en el día de hoy. Con tu venia, Señor.

Excelentísimo Señor Alcalde. Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo. Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector de la Universidad. Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades. Ilustrísimos Sr. Presidente y Sr. Vicario Episcopal de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería, queridos Manuel y Manuel, Dios con vosotros, y Dios con todos nosotros. Querido Padre Vicente, que en esta tu hora dominical concelebras ya tu Misa eterna con el Padre. Junta de Gobierno de la Agrupación. Hermanos Mayores de las Cofradías. Cofrades y Almerienses todos:

A todos os saludo: paz y amistad de parte del Señor, y el favor de todos los titulares de Jesús y de María, que procesionan nuestra ciudad. Todo ello con mi reconocimiento por vuestra voluntad de designarme para este venerado cometido de pregonar la Semana Santa de Almería, que yo pondero aún más por estrenar, este año para ella, la declaración de interés turístico nacional.

Y metidos en gratitudes, no sería yo leal si, a renglón seguido, no restituyera al Ilustrísimo Señor Don Francisco Ortega Viñolo, la tierna devoción con que me ha tratado en su prólogo. El honor de subir a este estrado acrece al hacerlo tras de ti, querido doctor; tu señorío enaltece la medicina, cuyo acreditado Colegio se realiza aún más con tu Presidencia; has de saber, Ilustre Presidente, que todos cuantos te intimamos, nos sentimos dignificados con tu trato, del que te estoy agradecido.

Conoces tú, buen amigo, y lo confesaré públicamente ahora, que mi elección como pregonero me provocó una cascada de escrúpulos. No os agobiaré con ellos; pero sí voy a referir que el que supuso la semilla de lo que os quiero proclamar, fue querer concretar quién es Cristo. Al margen de la ciega fe, ¿nunca buscasteis la clave?. El mismo Jesús parecía inquieto por ello, y preguntaba: ¿quién dicen los hombres qué es el Hijo del Hombre?, e insistía ¿y para vosotros quién soy?; y dudando del saber de sus discípulos, atestaba, al hilo de una demanda puntual: “yo soy el camino, la verdad, y la vida”.

Y las cautelas se me enredan. ¿Cómo y cuándo Jesús apareces como camino de nuestra autonomía, como verdad que da sentido a nuestra vida, como vida de nuestro vivir?. Y alzo la vista, te miro fijo sobre el crucifijo, y no advierto rumbo ni ruta, ni lógica, ni cordura; tan sólo consunción y muerte. Pregonero, ¿qué puedes pregonar?. A ver, ¿hay algo que decir?. Recuerdo que Jesús tuvo voceros y anuncios celestiales al nacer, y también en la gloria del Monte Tabor, donde se reveló transfigurado; pero cuando desfigurado se vio, en el patíbulo, ninguna voz lo participó. ¿A quién queréis, pues, que yo os anuncie?. ¿A un crucificado?. ¿Quién es?

Y sobre su axioma del camino, verdad, y vida, me asalta la osadía siempre renovada de hablar de Dios con Dios, y plantearle incógnitas esenciales:



* ¿Tú eres el camino, Jesús?. ¿Tú que vas tropezando por toda la calle de la Amargura?. ¿Tú, cuyo primer rumbo, apenas nacido, fue el destierro?. ¿A dónde puede llegar el camino que dices ser, frenados, clavados tus pies al madero?. ¿No sabes -lo dijo el poeta- que el camino se hace al andar?.

Fijo sobre el crucifijo,
¿dónde y cómo caminar?.
Tras sucumbir Tú tres veces
¿qué se puede ya aguardar?.

* ¿Que Tú eres la verdad?. ¿Tú, que no sabes o no contestas, cuando Pilatos te pregunta que' es la verdad?. ¿Por qué callas?. ¿No eres Tú el Verbo?. ¿Ignoras que para la palabra sólo hablar es vivir, y callar es morir?. ¿Dónde está tu verdad?. ¿Y que' verdad?. ¿La que se juzga blasfemia y te lleva al cadalso?

Fijo sobre el crucifijo,
con tu verbo mudo ya,
se hundan los cielos y el templo.
Esa es toda la verdad.

* ¿Y la vida? ¿Tú eres la vida?. ¿Tú para quien, ya consumido, todo se ha consumado? ¿Tú que expiras tronchado en la cruz?. ¿Es vida morir?. ¿Por qué, porque los muertos son los únicos que no mueren?

Fijo sobre el crucifijo,
el Dios inmortal expira,
con el INRI por escudo.
Las horas ya más no giran.

Demasiadas contradicciones. Pero a Ti, Señor, eternidad transcrita a término, infinitud confinada en angosta hechura humana, siempre te gustaron las paradojas. Acaso todo esto que Tú eres, camino inerme, verdad muda, vida que muere ¿es también producto de tu dialéctica divina?.

Pues a cuestras con la dialéctica, vuelvo a empezar, como la luna, que en cada Semana Santa se hace de nuevo llena; como la primavera, que año tras año, con su faldita verde y su blusa de flores, reinicia la vida. Desando, pues, lo andado, tantas veces -según prueba la ciencia- el mejor modo de caminar hacia la verdad. Y ya estamos otra vez: el camino, la verdad, y la vida, síntesis trinitaria del hijo de Dios, hombre como nosotros, hechos a su imagen y semejanza, y que por tanto somos, lo descubrió San Agustín, asimismo trinitarios, dotados de cuerpo, alma, y gracia; con el primero hacemos el camino, con el alma o la mente buscamos la verdad, y la gracia nos da la vida efectiva en Dios. La Semana Santa almeriense, en sus estaciones de penitencia, ilustra de forma especial todo esto. Veamos cómo.

1) **El camino** lo vio el Eclesiástico (1,5), con alcance de metáfora moral, como pauta de las acciones humanas. Será, por esto, por lo que la ciudad esparce a sus habitantes, a lo largo del itinerario penitente, colmado de tradición; y será por esto, por lo que las comitivas



procesionales sueñan y recuerdan la ruta del Mesías procesado; y así, cada paso de misterio es un capítulo del evangelio, y en cada recorrido, trazado con el coraje y sacrificio de costaleros, de horquilleros y de nazarenos, se siente el corazón sediento de Dios: y los geranios y clavelinas palpitantes en los balcones de calle Real son sonrisas y piropos a su Madre guapa. Guapa, guapa y guapa; el Paseo de San Luis con palmeras sin urgencia, y el conjuro de las colgaduras de Rambla Alfareros, de Martínez Campos, O de Jovellanos... podrían muy bien ser trozos del trayecto zalamero del día de ramos, aplaudiendo a Nuestro Padre Jesús de la Victoria sobre su Borriquita; el esmerado candor de las Puras, junto al portón de su convento, revive el celo de Verónica en el encuentro con el Nazareno y María Santísima de la Amargura; monaguillos y niños aguadores, con su alma aún por escribir, evocan al cirineo; y las mantillas, a las pías mujeres de Jerusalén; cabe apreciar el repecho desde San Pedro a Plaza Marín como un trecho de la Pasión, que del llano al monte transita, recuperado por la fe. Y para que nada falte en Almería, los gritos de la movida, irreverentes y extemporáneos al paso del Cristo de la Escucha, reanudan el acoso impío por la vía de la Amargura. Los desfiles procesionales de Almería hacen camino no porque se anda, sino porque evocan e invocan los recorridos misteriosos de Dios.

La existencia humana, para San Agustín y para San Buenaventura, acordes ambos con Platón y con el Evangelio, es camino; y el hombre, esencialmente es viajero o peregrino que tiene por delante “un trayecto hacia. . .”, y que se ha de recorrer en pos del bien, sabiendo que, en ese derrotero, la Providencia ha orientado a las distintas generaciones. Es la solicitud que proyecta el Buen Pastor al guiar a sus ovejas; es la diligencia del Rey que conduce al reino que no es de este mundo. Y también es la ruta que marcan los seres sensibles, creados por Dios; cada uno es un signo que lleva hacia Él: el dibujo de las flores, el aplomo de los astros, el solfeo de las aves, la geometría de los cielos...

Todo es camino; y todo camino abre y ensancha nuestro espacio. Pero no hay travesía sin traspíes, que en algún momento trabe los pasos mortales; hay trechos estrechos, donde el crepúsculo termina por caminar junto a nosotros; hay tajos de atajos egoístas, de monedas o medallas falsas, que desaguan en el desengaño; hay sendas asendereadas de pateras que rebuscan cómo sobrevivir, y terminan por truncarse, con sollozos de espuma, en las resacas marinas. ¿Tú no andabas sobre las aguas, Jesús Salvador?: ¡pues ten piedad, y sálvalos!. ¿No te vi yo dominar con tu mirada ese gigantesco corazón azul, que baña el arrecife de las sirenas, que late tenaz e incansable, y que tu Madre siguió como camino tuyo hacia nosotros?. En este quinientos aniversario de cuando los almerienses abrieron la ruta a Torregarcía, en cuyo confín el cielo se acuesta sobre el mar, que llevas en tu nombre, te lo pedimos, Santa María del Mar, ¡ayúdalos!.

El camino, también a veces, sirve para huir, aunque sea una perversión a su más estricto sentido, que es el de “ser hacia”. Hay derroteros, que caducan derrotados y rotos, porque sólo se avivaron en pos de la diversión. ¡Ah, nuestra juventud!. Ignora -aunque es bien expresivo- que la etimología de divertirse, igual que la de divorcio, significa separarse; con la diversión a ultranza, sin otro trasfondo que gritos, alcohol y malversación del tiempo, se busca evasión, salir fuera de sí, y eso es alienarse, despersonalizarse, repudiarse a uno mismo. La persona se torna entonces en nómada sin destino, en un vagamundo dionisiaco, que la



corriente lleva y trae.

Hay juventud, que con todo el camino por delante, no se pregunta por su meta, o por el sentido de sus conductas, o por el de su propia vida, y malvende sus días al peso, trasiega con prisas las encrucijadas, y pronto se les agoniza la tarde como a los dos de Emaús. Pero este viaje anochecido también lo caminabas Tú, y a los discípulos se les encendía el corazón; como a los pocos que, entre tanta estridencia, hoy distinguen tu voz, y se te ofrendan en nuestro Seminario Diocesano, ya cincuenteno; antes de ayer mismo conmemoraron su festividad, y yo quiero ahora, Señor, recordarlos y celebrarlos; sin embargo ¿sabes?, son escasos, necesitamos más, ¿por qué no procuras hablar algo más fuerte o más claro?. Si Tú conoces, y por eso guías, “el camino de los justos, (y que) la senda de los pecadores acaba mal” (Sal 1,6), cantaremos con el salmo (2,9): “guíame y allana ante mi tus caminos”. Si estos son siempre cuesta arriba, si dices que son estrechos como el ojo de una aguja (Mt 19,24), si según Pablo son insondables (Romanos 11,33), mejor que nos salgas Tú al encuentro.

¿Cómo, si no, entender aquello de ven y sígueme?. ¿Cómo, si no, aguantar la fe?. ¿Cómo, si no, salvar la esperanza?. Si dudamos que el itinerario lleve a algún lugar, o creemos que no lleva a nada, ¿para qué sirve?.; si el camino desemboca en la muerte, ¿para que lo quiero?.; ¿se puede esperar algo?, ¿cabe hacer camino sin esperanza?.

Virgen de la Esperanza Macarena, ¿qué esperas?.; ¿es posible que aún tengas fe?.; ¿cómo puedes esperar?. ¿Cómo podemos esperar?. Caminad en el amor, encomienda Pablo (Ef 5,2). Y te veo Virgen del Amor y de la Esperanza de mi Cofradía de Estudiantes..., y veo que tu cara se baña de lágrimas, pero que tus labios, Esperanza, empiezan una sonrisa; amas, y porque amas, sollozas y sonríes; ... está claro que ¡tú esperas!.; ¿podemos entonces nosotros esperar también?. ¡Qué pregunta! ¿Acaso no veis rutilante a María Santísima de la Estrella, trazando la ruta?. Estrella de la mañana, guíanos.

Los trayectos de las estaciones de penitencia, que avivan su paso con el compás binario de las marchas, sólo avanzan para ir a donde se tiene esperanzas; sólo se soporta la pasión porque, al final, está la resurrección. Y ahora cambia mi cantar:

Fijo sobre el crucifijo,
el gran desengaño pende;
mas en pie la Piedad enciende
crédito fiel en el Hijo.
De sangre y llanto amasijo
que a las sentidos ofende,
sólo la Esperanza entiende
que aún así, siempre es cobijo.

2) **Esa es la Verdad**; la Verdad que Tú eres. Afirmó Santa Teresa que los caminos distraen; pero el andariego Juan Pablo II ha relacionado la palabra “camino” con la idea de búsqueda; y es cierto, uno se pone en marcha para indagar algo, e invariablemente ese algo quiere traducirse en encontrar la verdad, nunca en llegar a lo falso, o al absurdo. Esa fue la razón de presentarte Tú en el mundo, según tu propia confesión: “para esto he nacido y para



esto he venido yo al mundo, para dar testimonio de la verdad” (In 18,37). Y si en el camino te veíamos como Rey y como Pastor, ante la verdad te advertimos Profeta y Maestro divino, que nos enseñas, desde la cátedra de la cruz, que nos instruyes, mirándonos a los ojos, sintiendo tu cálida respiración. Y así el tema de la verdad es el negocio esencial de la fe cristiana. Y si el camino penitente se animaba con las marchas musicales, la verdad se afina con las saetas, que como dardos aciertan en la inteligencia del corazón.

Los doctores afirman, en el humano, una tendencia natural hacia la veracidad, tanto en el decir como en el obrar. Por eso, teóricamente, no cabe convivir fuera de ella, pues faltaría confianza para dialogar, para amarse, para investigar, incluso para ejercer el comercio, siendo además el límite ético de los medios de comunicación... Sin embargo, parece que vivimos en contra de la verdad; sólo en enumerar sus antónimos llenaríamos el día: mentiras, disimulos, falsedad, falsificación, adulterio y adulteración, infidelidad, farsa, dolo, fraude, estafa, perjurio, deslealtad, prevaricación, engaño, invenciones, hipocresía, traición, malversación, doblez, impostura, exageración, afectación... Todo esto, y más, está contra la verdad. No es de extrañar, pues, que Ortega denunciara que la especie menos frecuente sobre la tierra es la de los hombres veraces (El Espectador); y que antes Pascal asegurara que el hombre odia la verdad (Pensamientos, 100). De ser así, lo que más abunda será la incoherencia, pues la verdad está ahí, es un elemento de la existencia; cada ser, por el hecho de ser, es verdad; y la verdad, por ser verdad, es eterna, necesaria e inmutable. La verdad vital es constancia en los propósitos, fidelidad en las promesas, lealtad en los comportamientos.

Para localizar la verdad, pues, basta con no ocultar la realidad; descubrir la verdad es tan sólo quitar el velo que cubre las cosas, de modo que les dé la luz, y se hagan claras; y de luz y claridad se sabe mucho en Almería. La luz que alumbra la realidad esclarece también, como en un reflejo, nuestra alma, que por eso puede captar la verdad; es la luz de la fe, y es la luz de la razón; no otra cosa busca la ciencia que revelar las cosas, es decir quitarles el velo, para que se asomen tal y como son, y puedan así conocerse y saberse, dejando expuesto todo su ser. Éste es el secreto de la verdad: que deja ser tal y como se es, que deja libertad a la realidad. Por eso Jesús pudo decir, “la verdad os hará libres” (In 8,32), en lo que coincidió luego Heidegger, al reconocer que “la esencia de la verdad es la libertad”; y por eso, nuestra sabia Universidad se asigna como lema *in lumine sapientia*, formando su escudo con el sol almeriense, que hace transparente el aire, y diáfano el mundo.

Y al percibir la verdad de las cosas, se nos descubre la Verdad trascendente. Las cosas, que nos orientaban en el camino por ser cada una un signo de Dios, son también un lenguaje, un habla, un libro en el que, por doquier, se nos dice del milagro del universo, de su simetría, de su medida, de su belleza, y que a la vez nos declaran la sintaxis y la prosodia del Dios verdadero, que siempre cumple lo que promete, incluso morir por nosotros y resucitar. Por eso nuestras preces acaban diciendo amén, que significa cabalmente así es; o lo que es lo mismo, es verdad que, lo que esperamos y creemos, es.

Sin embargo, al mismo tiempo somos muy dados a las ambigüedades y a la diplomacia. La moda de hoy, y ya lo acusó Juan Pablo II, es presentar democracias con tintes relativistas o incluso decididamente agnósticos, no sólo por parecer cultos, sino por el formulismo lucrativo de esa cobardía llamada lo políticamente correcto; a causa de esta falacia, la verdad se pone



en cuarentena, se oculta tras el dogma de la mayoría, se vela por la sutileza de la gobernabilidad, o no se defiende por juzgarse impropio de una actitud liberal. Así, sin titubeos, los manejos someten a la razón. ¿Qué verdad hay en tu juicio, Padre Jesús de la Sentencia?. Pilatos condenó a Cristo, porque era políticamente correcto; la misma razón que lleva, hoy, a vestir la verdad con clámide de púrpura, tejerle una corona de espinas y darle cetro de caña, para arrodillarse delante, e injuriando toda sensatez, exclamar salves a la vida despenalizando drogas, propagando abortos o apoyando técnicas de reproducción que convierten al ser humano en mero producto; la misma razón que, en nombre de la modernidad, lleva a los medios de comunicación y a los intelectuales de ahora a proceder con la fe y la religión de modo acoquinado, y emular, si es necesario, al Pedro más pusilánime, y negar las veces que haga falta; la misma razón que hay para sustraer, de la Constitución Europea, el reconocimiento de la resuelta mediación del cristianismo en los cimientos de Occidente; cuando la verdad es que Cristo, con sus palabras y con sus hechos, entró en la historia, y en la historia intervino de modo decidido; lo que significo, puesto que era Dios hecho hombre, que el Dios eterno entró para siempre en nuestro tiempo.

No es falta de fe; es falta de razón. La fe, con toda rectitud, busca y se apoya en la razón, porque Dios es palabra, es verdad, y además es razón; pero como también es amor, sólo éste es el itinerario para aquella. Caminad en el amor, vimos que dijo Pablo; y Agustín añadió no se accede a la verdad sino por la caridad. Y es que la intelección exige di-lección o cariño. No encuentra la verdad sino aquel que la ama.

María Santísima de los Desamparados como te invocan los hermanos de Pasión, o Nuestra Señora de Gracia y Amparo como te distingue la Hermandad de la Coronación; Santa María Santísima de Fe y Caridad, que te dicen los de la Santa Cena; María Madre Santísima del Consuelo, como te presentan los cofrades del Silencio; y Señora nuestra de la Merced, que prefieren los del Prendimiento; siempre Amor y Esperanza, según predicamos los estudiantes, tú eres la sede de la Sabiduría, porque en ti se asienta la verdad de Dios, porque tú educaste y enseñaste a tu Hijo, el Hijo de Dios, y porque tú eres esencialmente amor. Ruega, pues, por nosotros, y danos aliento para practicar sin reticencias la verdad, que a través de la vida, a través de la pasión y muerte, y a través de la resurrección de Dios tan claramente hemos escuchado.

Escuchar. Es ésta de la Escucha la advocación de Almería, que más hondamente se siente; y es único, en el Paseo almeriense, cuyos ficus enraízan a toda la ciudad, el recital de los pájaros, al rasgarse la noche con el alba del Viernes Santo. El Santo Cristo de la Escucha, anémico, con toda la anatomía de sus costillas en dramática exposición, justo en el momento de expirar, quizás sea la devoción más querida. Pero siempre me pregunto por qué es de la escucha; ¿acaso en silencio atiende mejor nuestras instancias, o posiblemente sugiere que le prestemos atención, ya que su silencio, prodigio de amor, hace aún más clara la verdad?. Y, una vez más, vuelven mis versos a cambiar.

Fijo sobre el crucifijo
el Verbo de Dios callaba
y magnánimo aguantaba
el misterioso entresijo.



Nada su boca dijo.
El cielo no respiraba,
y el mundo atento quedaba.
Se oye el silencio del Hija.

El silencio nunca engaña. Y la verdad callada de Dios es que muere por amor, es que muere para darnos vida.

3) **Pero ¿qué es la vida?** Varios millones de genes y poco más, decía la biología a final de siglo, en vísperas del genoma. ¿Y que es ese poco más?. ¿El frenesí y la pasión que contó Calderón?; pues sí. ¿Y el *sturd and drang* romántico, cantado por Schiller y Beethoven?; por supuesto. ¿Y la armonía con la naturaleza predicada por cínicos y estoicos, y más tarde por ecólogos?; desde luego. ¿Y el continuado y calculado placer exhortado por los epicúreos?; pues también, ¿por qué no?. Y asimismo la inteligencia práctica de Aristóteles, y la razón kantiana, y la voluntad de poder de Nietzsche, y la asfixia nihilista de Bakunin, y el inconsciente freudiano, y la náusea de Sartre, y la constantemente angustiada y libre torna de decisiones del existencialismo, y los reflejos de Pavlov y del conductismo. ¿Todo eso es vida?, ¡pues tenía mucho de poco más!. Ciertamente; pero además de todo eso, aún hay más. No se puede vivir sin verdad, no se puede vivir sin amor, y además... además está la gracia de Dios.

La vida toma sentido en el amor. Al hablar del camino nos topamos, como guía, al amor; vimos que a la verdad se llegaba por el amor; y ahora no encontramos alcance a la vida sin el amor. Siempre el amor. Ningún amor, sin embargo, como el de Cristo, que se olvidó de sí mismo, y se entregó a la muerte de cruz. La lanza del centurión, como el tiro de gracia, confirmó la muerte de Dios. Al rodar la piedra contra la boca del sepulcro, custodiado para mayor seguridad por guardias armados, todo parece acabar. Sólo queda el doloroso vacío. ¿Cómo andar libremente el camino, donde oír la verdad que libera, qué queda de vida en la mortaja de un cadáver?.

Se nos dice que Cristo vino a la vida humana para morir. ¿Es entonces el ser para la muerte de Heidegger? (El ser y el tiempo). No, ningún ser es para la muerte, si entendemos que ser es existir en un tiempo, en un espacio, y en relación con un entorno; y mucho menos Cristo-Dios, cuyo espacio y cuyo tiempo son infinitos; y que muere y resucita, y que vive; y que su relación con el entorno es para dar vida y vida eterna, y que produce vivencias intensas. Junto a las marchas y a las saetas, ahora aletean aleluyas de gloria.

Ningún ser, y nosotros tampoco, es para la muerte; no tenía razón Goethe cuando desafiaba que “todo lo que nace no vale más que para perecer”, pues nuestra vida no tiene ningún otro fin que vivir. Se vive para vivir y por vivir; por eso Spinoza pudo asegurar que la sabiduría es una meditación no sobre la muerte sino sobre la vida. Y Cristo, que es la vida, ama la vida, no la muerte; porque, según testimonia Juan (In 3,16), tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito hijo para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna. Esta es la verdad: somos peregrinos de la vida, unidos para amar.

En el camino vimos a Cristo como Pastor y Rey; ante la verdad, como Profeta y Maestro; y en este tercer acto, el de la vida, se nos presenta como Sacerdote, que nos aporta



los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, que es pan de vida, y al que nos invita, para festejar la resurrección. Recordad la escena: “ellos le dijeron: ...nuestros padres comieron el maná en el desierto, ...pan del cielo. ...Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida...”. (In 6,30-35).

La Pascua es la ocasión de romper amarras, de bogar mar adentro, o dentro de uno mismo como pedía San Agustín; porque ahí está la verdad, nutridos con la Eucaristía, verdadero vino y pan de vida, viático para el camino, que nos hace a todos los humanos compañeros de viaje, dentro del cuerpo místico; que nos fusiona con Cristo, y de esa manera nos ensambla entre nosotros.

Los almerienses comprobamos, en nuestra Semana Santa, que Jesús nunca acaba de morir: cada primavera se mueve, por nuestra ciudad, sufriendo de nuevo vivo, al son de martinets y deblas, o al compás de marchas y percusión, muriendo con su última gota de sangre; y cada año, al tercer día, vemos que los guardias se escabullen, que la piedra se descorre, y que Él vence a la muerte, y resucita. ¿Qué miráis, piadosa gente de Almería? ¿Qué conseguís ver?. Vemos al Dios eterno, vemos que:

Fijo sobre el crucifijo,
el Dios inmortal moría;
se abatió el quinqué del día,
en atmosférico alijo.
Con anormal regocijo,
el mundo mudo entendía
que el Padre así lo quería.
Y al mundo el Hijo bendijo.

¿Qué vemos?. Es el Dios de Abraham, al que vemos; el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, y el de Pedro y Pablo, y el de Indalecio; pero también el Dios de un Job, maltratado y resignado, y el de un Juan Pablo sufriente y sufrido; vemos al Dios de Jesús de Perceval, sea el Santísimo Cristo del Amor, o sea el Santo Cristo de la Escucha, que aún torturado y roto atiende los sollozos dramáticos de nuestro corazón; vemos al divino y macilento Nazareno salido del taller de Álvarez Duarte; y vemos el contraste de los dos tallados por Martínez Puertas, uno el de la entereza en el Encuentro, y el de Estudiantes flaqueando en el huerto ante la dureza del cáliz; percibimos, maniatado y cautivo, al de Dubé de Luque, el de la urbe celeste o, medio en árabe medio en latín, Medinaceli, junto a la Almedina terrena; vemos al Dios humilde y paciente de Madroñal; vemos el paso largo y poderoso que dio Navarro Arteaga al Dios del Gran Poder; vemos con Eduardo Espinosa al Dios inerte, que piadosamente descienden de la cruz; y al Dios que la gubia de Palma Burgos hizo palpitar de perdón, latiendo a ritmo de tambores, con el único coro de los pies desnudos sobre el pavimento, y con celajes de incienso para su mortaja; vemos al Dios de Hervás Benet, arquetipo de muerte, pero de la Buena Muerte. ¡Silencio!: cantan los silencios y cuentan que Dios se muere; y miramos al sereno Dios yacente de Nicolás Prados López. Y vemos tu dolor, Soledad, tras el Misterio de Duelo; ¡cuánta soledad, Señora de los Dolores, bajo el techo de tu palio!. Pero también vemos al Dios de Coullaut Valera, resucitado y glorioso; es un Dios inmortal, siempre vivo y vital, vencedor de los elementos, vencedor de los infiernos, vencedor de la muerte. Y María Santísima de los Ángeles va con estos, exultante por nuestra ciudad. Porque nuestro Dios, es



un Dios que es vida, que domina a la parca y resucita. Y vive. Y da vida. Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida (In 8,12). Así, todo se hace verdad y se llega a la cumbre del itinerario.

Mas la luz siempre genera sombras, que deslucen camino, verdad, y vida; de modo que, a veces, las cosas no son lo que parecen, ni lo que se busca es lo que se quiere; la vida enseña que es forzoso diferenciar apariencias de realidad, para no vivir irremisiblemente desacoplados. El choque con el principio de realidad duele, lo mostró el psicoanálisis, pero permite descubrir la verdad de nuestra naturaleza, y con ella la de nuestra libertad.

Por ello, en Dios hecho hombre, no cabe olvidar, el desaliento del héroe de Getsemaní, ni la ignominia del pretorio, ni la queja del Hijo desatendido por el Padre en el Gólgota. Si se relegan estos momentos, y sólo bulle la gloria del renacimiento, el Evangelio se reduce a fábula de final feliz, propia de un caudillo pedante. Y ya no habría verdad, el camino se borraría, y sería apócrifa la misma vida. ¿Qué quedaría de Cristo si dejara de ser el camino, la verdad, y la vida?. Lo que bien analizado indica dos cosas:

* Por un lado, los artículos determinados -el camino, la verdad, la vida- garantizan que, Tú Jesús, no eres un camino entre varios, ni una verdad o una vida cualquiera; sino que eres el único camino, la absoluta verdad, y que no hay vida fuera de ti.

*Y por otro lado, que camino, verdad, y vida no son añadidos, sino un todo inseparable de tu ser complejo, a la vez Dios y hombre, a la vez uno y trino, a la vez simplicismo y dotado de todos los atributos. Incapaz nuestra corta razón de aprehenderte en toda tu sintética complicación, forjamos una explicación analítica y deformada de tu sistema. Pero no es sano escindir ninguno de estos tres aspectos de los otros dos.

Así, al atender, en ocasiones, sólo al término camino, incurrimos en un encopetado moralismo, obsesionado con los mandamientos y las asfixiantes prohibiciones, con la disciplina, con el Mesías ceñudo y malhumorado que azota a los infractores. De este modo aflora el cristiano intolerante, inquisitorial, sea Savonarola o Torquemada, sea el que carboniza a Bruno, o Calvino atizando la pira de Servet, sea Lutero que reprueba a Copérnico, o Belarmino cuando amordaza a Galileo. Este camino, al pedir perdón, también lo desanduvo ya Juan Pablo II; pero se ha quedado solo en el empeño, olvidando otros muchos responsables que nadie se salva por exclusivamente recorrer una cuaresma de tramoya, por sentir una cierta emoción ante la mecía de un paso de palio o ante las chicotás de un paso de misterio. Junto al camino ha de vivirse la verdad.

Por otro lado, si se cuenta únicamente con la **verdad**, con el Credo, se incurre en el integrista, en el fundamentalismo, en el dogmatismo, en el fanatismo, que pretenden imponer a los demás, incluso de modo sangriento, la propia concepción de la verdad; o se cae en el más estéril teorismo, que se desliga de la vida y no cumple ningún camino de progresión. Cristo es Dios hecho hombre, y no un mero expositor de Dios, como pueda ser cualquier docto en teología. Quizás, por eso, hoy, son tantos los teólogos que se consumen en disputas y querellas, sin dar mucha muestra de biografía santa; mientras que Anselmo, Alberto Magno, Buenaventura, Tomás de Aquino supieron encaminar, de modo coherente, una vida



virtuosa y justa con la verdad de su pensamiento. Pero tampoco cabe olvidar que nadie se salva por sólo decir creo, o por repetir Señor, Señor.

Y asimismo se altera el sistema si se considera exclusivamente la condición de vida, aunque sea la sacramental. No cabe recibir la eucaristía como pan privado, encerrados en un montaraz individualismo, pues la Iglesia sólo se articula en la unidad. De otro modo, pecamos de soberbia y de subjetivismo; y entonces vivo a mi manera, me diseño mi Dios, mi yo consume los sacramentos desligado del cuerpo místico, me fundo mi propia moral, me urbanizo un camino privativo, y me compongo una verdad relativista, sin que nada de ello armonice con el camino de Jesús. Nadie se salva por adorar su deidad particular; hay que vivir en Dios, es decir ateniéndose a su verdad y a su camino.

Son tres géneros de reduccionismo y de relativismo. Contra este triple desglose de la unidad de Cristo, integrado por ser el camino, la verdad y la vida, todo a la vez, el cristiano auténtico se impone integridad y coherencia, desarrollando una existencia plena, porque cumple los mandamientos de Dios, que son el camino, y acepta el Credo de Cristo, que es la verdad, y a la vez recibe los sacramentos de Jesús, que son la vida eterna. Ésta es la síntesis existencial del hijo de Dios, que la Semana Santa almeriense, como he tratado de transmitir, ilustra con claridad.

Ahora bien. Con su pasión y muerte, y con su resurrección, Cristo se esforzó en añadir a nuestra vida la salvación eterna. Pero ¿acaso advertís que el mundo reviva; que la vida del ser humano mejore; que la gracia de Dios nos invada?. Agustín de Hipona, en el siglo quinto, sufría al no captar tal renacimiento: tras Cristo nada mejoró, todo empeoró. Y quince siglos después, aún se honran los crímenes de Barrabás, y los dolores de Juan Pablo se agudizan, porque sigue la indecencia del hambre, el desafuero de la violencia contra la mujer, la profanación de la infancia, la droga en la juventud, los abusos contra los ancianos, la sacrílega guerra en nombre de Dios, y la locura terrorista -¡mejor que no hubierais nacido!-... Demencia terrorista que en esta Cuaresma nos ha regalado casi doscientos cristos asesinados, y otros mil quinientos mutilados, con cicatrices que se confunden en su cuerpo y en su alma. ¿Dónde... dónde están los resultados positivos tras una crucifixión tan cruenta, tras una resurrección tan gloriosa como la del Redentor triunfante del mal?. ¿Acaso no sigue la calamidad, en una u otra traza, protagonizando el gran teatro del mundo?.

Algo le falta a la Pasión de Cristo. Qué pueda ser, sólo lo aclarara, en primer lugar, una noción y una práctica correctas de la libertad, pues en ningún modo la Redención puede anteponerse a nuestra autonomía. La gracia es gracia porque es gratis, y libre. Pero, en segundo lugar, el afán creador y salvador no podía plasmarse de modo inminente sino que exige todo el tiempo; pues es destino imposible sin la participación del propio humano; tampoco el amor, aunque sea divino, puede imponerse. Falta, en definitiva, que cada uno de nosotros remate, de modo decidido, en su ser, la actualización de la gracia, asociándose a la obra redentora de Dios, uniéndose a Él por la fe y la caridad, tal y como confesó Pablo que él hacia: suplo en mis carnes lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24). Hoy existe la ocasión, porque la humanidad busca el camino, a pesar de la desorientación; busca la verdad, a pesar de la ofuscación, y quiere la vida, a pesar de la violencia.



La Cruz es una propuesta de armonía, una contraseña salvadora conscientemente escogida por Dios-hombre, en la que el mástil enhiesto señala el cielo, y sus brazos horizontales, abiertos y hospitalarios, anhelan estrechar a todos los humanos, sugiriendo que, para alcanzar la bienaventuranza de la vida, del camino y de la verdad es necesario ir arriba y amar a Dios sobre todas las cosas, y a la vez ir, a diestra y siniestra, y amar al prójimo como a ti mismo. Y encontraremos en el camino, esperanza; fe, en la verdad; y en la vida, amor y caridad. Las tres virtudes teologales. Otra vez, camino, verdad y vida; por eso amarás con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu alma; es decir con las tres dimensiones de nuestra trinidad total, la dimensión afectiva, la dimensión cognitiva y la dimensión operativa.

¡Almería!. Te anuncio que, en dos semanas, Dios andará su camino, un año más, por nuestra ciudad; y te invito a ser, toda tú, una cofradía interminable que conozca y practique su verdad, desde la primera cruz de guía hasta el último penitente del Domingo de Resurrección. Y te convoco, Almería, a vivir por siempre la nueva vida de Dios. Esta es la grandeza de tu Semana Grande. Y esta es la excelencia de la Pasión, cuyo final es resucitar.

Despojaros ya del luto,
que es el domingo de gloria:
Dios resucitó. La noria
del tiempo sombrío y bruto
vira ya. ¡Ea, costalero!
¡Al cielo tu levantá!
Hasta el cielo, compañero,
y luego... la chicotá.

Muchas gracias por su atención.

Almería, a 21 de marzo de 2004

Teatro Apolo